

## ACTO TERCERO

## ESCENA PRIMERA

ANA. PASCUAL, que viene de fuera

PASCUAL. Con que, dime, ¿has despedido á los lacayos?

ANA. Sí: ahora. Me lo mandó la señora. Mas tú ¿cómo lo has sabido? PASCUAL. Los he encontrado.

ANA. Ya ves el trastorno que hay en casa. PASCUAL. Por cierto que lo que pasa cosa del demonio es. ¡Qué chasco...! ¡Pobre don Blas! Yo al pronto no lo creí, y aunque en la fonda algo oí, no pensé en ello jamás.

ANA. Lance es de marca mayor. A mí lástima me han dado.

PASCUAL. Quien á mí me la ha causado es el bueno del señor. Y también la señorita; mas por el ama...

ANA. En verdad que su necia vanidad y su condicion maldita no merecen compasion.

PASCUAL. ¿Pues y el señor capitán? ANA. ¡Cuántos á galeras van que más hombres de bien son!

PASCUAL. ¡No sabes qué trucha es! Si yo te dijera á tí...

ANA. ¿Y qué tardas, Pascual? Dí... PASCUAL. No, que me dirás despues que soy un grande hablador. Pero has de saber... No quiero.

ANA. (Acariciándole.) Cuéntame... ¡Anda, majadero! Pascualito..., hazme el favor...

PASCUAL. ¡Qué curiosa...! Al fin, mujer. ANA. Y si es cosa de los amos, dime, Pascual, ¿á qué estamos sino á murmurar y oler?

PASCUAL. Pues ofrécame secreto, porque es cosa de importancia.

ANA. Dime sólo la sustancia, que yo callarlo prometo.

PASCUAL. (Mirando á todas las puertas para asegurarse que nadie le oye.)

Pues has de saber que él en cuanto la plata olió casarse al punto trató.

ANA. (Con gran curiosidad.)

¿Quién, Pascual? ¿Quién?

PASCUAL. Don Miguel.

Pero... ¿A qué nadie adivina la novia...?

ANA. ¡Ya! la muchacha.

PASCUAL. Hablas como una borracha.

Pretende á doña Rufina.

ANA. Anda, embrollon, embustero.

PASCUAL. ¿Piensas que es mentira?

ANA. Sí.

PASCUAL. Pues, amiga, yo lo oí.

ANA. ¡Mucho deslumbra el dinero!

Pero... ¿cómo...?

PASCUAL. Hace tres días que yo ahí dentro oculto estaba, y aquí la señora hablaba con su primo boberías.

Me puse atento á escuchar, y el capitán empezó á decirle... ¿Qué sé yo?

Cosas para reventar.

ANA. (Dudosa.)

Calla, bruto.

PASCUAL. Pues si callo,

¿cómo te lo he de decir?

Era cosa que reír

hiciera no á mí, á un caballo,

ver á la vieja hacer quiebros,

y al taimado capitán

muy rendido y muy galán

flores echarle y requiebros.

ANA. ¿Con que ambos se enamoraban?

PASCUAL. Pero con muy casto intento,

pues de santo casamiento

y de nada más trataban.

Que ya hacia muchos años

que se abrasaba en su fuego,

que estaba por ella ciego,

y otras locuras y engaños

el capitán le decia,

y la vieja se miraba,

picarillo le llamaba

y los labios se mordía.

ANA. ¡Muy lindo paso, por Dios!

PASCUAL. Pues ayer los encontré

de nuevo y me agazapé

para escuchar á los dos.

Volvieron á los amores

y á reconcomerse el ama,

á hablar de pasión y llama

y á equivoquillos y á flores,

y despues el muy taimado,

más astuto que el demonio,

le propuso matrimonio

con muy grande desenfado.

ANA. ¿Y en qué quedaron por fin?

PASCUAL. En que se hizo de rogar,

¿quién tal pudiera pensar?

el quintañon serafín.

ANA. ¿Cómo?

PASCUAL. A pesar de que estaba

hecha una jalea toda,

á la apetecida boda

obstáculos encontraba;

diciendo que á perder iba

el título de marquesa,

y que era una cosa esa

para ella muy cuesta arriba.

Pero el remedio dispuso

el galán, como discreto,

y matrimonio secreto

al instante le propuso.

ANA. ¿Y aceptó?

PASCUAL. ¿Qué habia de hacer?

Si un novio se le presenta

cuando ha cumplido cuarenta,

¿lo desprecia una mujer?

ANA. ¡Jesus...! ¿A tal vieja quiere?

PASCUAL. El sólo quiere pillar

dinero para jugar,

y venga como viniere.

ANA. (Recapacitando.)

¡Válgame Dios...! Pero ahora

me haces sospechas tener

de cosas que he visto hacer

al primo y á la señora.

Es cierto. Desde que vino

la carta, muy servicial

anda don Miguel, Pascual,

muy obsequioso y muy fino.

Con la primita á paseo,

á misa con la primita...

¡Miren la vieja maldita,

que aun le gusta el galanteo!

Mas ya que llevó el demonio

las esperanzas en flor,

también llevará este amor

y el tratado matrimonio.

PASCUAL. Pues que de secretos va,

decirte otro es menester,

mas también me has de ofrecer

callarlo.

ANA. Dímelo ya.

PASCUAL. Has de saber... Pero no.

Acierta de dónde vengo.

ANA. (Con impaciencia.)

¿Cómo de acertarlo tengo?

De... de... Pascual, ¿qué sé yo?

PASCUAL. De casa de don Juanito.

ANA. ¿De quién, hombre?

PASCUAL. De don Juan,

el que era novio ó galán

de la niña.

ANA. ¡Habrá maldito...!

¿Te has echado á corredor...?

PASCUAL. ¿A qué?

ANA. A traer y á llevar,

á componer y á ajustar

inconvenientes de amor.

PASCUAL. Calla, lengua viperina.

Si yo á don Juan he buscado,

es porque me lo ha mandado

el ama doña Rufina.

¡Pues muy bonito soy yo

para el papel de tercero!

ANA. No te enfades, majadero.

PASCUAL. ¿Yo alcamoses...? Eso no.

ANA. No te amosques, no, Pascual,

que ofenderte no es mi intento.

Además que en casamiento

intervenir no es gran mal.

PASCUAL. Hija, yo en nada intervengo,

si de hombre y mujer se trata,

ni por cien montes de plata,

que de gente honrada vengo.

Si á buscar á don Juan fui,

con recado fué del ama.

ANA. ¿Qué quiere de él?

PASCUAL. Que lo llama.

ANA. ¿Le pide que venga?

PASCUAL. Sí.

Como el diablo la fortuna

del indiano se llevó,

busca al que ántes despreció.

No tiene vergüenza alguna.

Pero, Pascual, ¿qué recado



te dió la señora? Dí.  
 PASCUAL. Que al momento venga aquí.  
 ANA. ¿Y tú á don Juan se lo has dado?  
 PASCUAL. Sin duda. Y lo bueno está  
 que me encargaron lo diera  
 como que de parte era  
 de la señorita.  
 ANA. Ya.  
 PASCUAL. Mas yo no quise mentir,  
 y le dije que es el ama  
 quien con tal priesa lo llama.  
 ANA. ¿Y él ha quedado en venir?  
 PASCUAL. No sé. Habia mucha gente  
 en la tienda, y un criado  
 me dijo que le habia dado  
 á su padre un accidente  
 por cierta mala noticia...  
 ANA. *(Sorprendida mirando á la puerta  
 del fondo.)*  
 ¡Ay, que viene aquí don Blas!  
 PASCUAL. ¿Y qué importa?  
 ANA. Que... quizás...  
 PASCUAL. No tiene tanta malicia.

## ESCENA II

LOS MISMOS, D. BLAS por el fondo

D. BLAS. *(Con una carta en la mano.)*  
 Hazme, Pascual, el favor  
 de llevar en el momento  
 esta carta.  
 PASCUAL. Como un viento  
 voy á servirlos, señor.  
 D. BLAS. Nombre y señas puedes ver  
 en el sobre, y diligente...  
 PASCUAL. Sólo hay un inconveniente,  
 y es que yo no sé leer.  
 D. BLAS. *(Leyendo el sobre.)*  
 Pues imponte. Dice así:  
*A don Juan Antonio Greda,  
 en el arco de la Seda,  
 número tres. ¿Estás? Dí.*  
 PASCUAL. *(Tomando la carta.)*  
 ¡Toma, toma...! ¿Que si estoy...?  
 Ya conozco al perillan.  
 Ana, ¡si es nuestro don Juan!  
 Al momento, señor, voy.  
 D. BLAS. ¿Le conoces?  
 PASCUAL. ¡Pues si era  
 novio de la señorita!  
 D. BLAS. *(Con interés.)*  
 ¿De mi sobrina Paquita...?  
 PASCUAL. *(Viendo que Ana le hace señas.)*  
 Voy al punto.  
 D. BLAS. *(Deteniéndole.)* Escucha, espera.  
 ¿Este don Juan será pues

quien con mi sobrina estaba  
 concertado y que la amaba  
 con tanta ternura?

PASCUAL. Él es.  
 D. BLAS. *(Suspense.)*  
 Pues entónces... Sí... *(Con resolucion.)*  
 Al instante

la carta le has de entregar  
 en su mano y sin tardar.  
 Mira que es interesante.

## ESCENA III

D. BLAS, ANA

D. BLAS. *(Sin reparar en Ana.)*  
 Muy bueno el saber ha sido  
 que es este mismo don Juan  
 el novio amable y galan  
 por mi causa despedido.  
 ANA. *(Reparando en Ana.)*  
 ¡Hola...! ¿aun estabas aquí...?  
 ¿Dónde mi hermana Rufina,  
 dónde mi hermosa sobrina  
 se encuentran? Muchacha, dí.  
 ANA. Como le dió á la señora  
 la jaqueca...

D. BLAS. ¿Mala está?  
 ANA. En cuanto rabia, le da  
 esto que le ha dado ahora.  
 D. BLAS. Pero... ¿no es cosa de cama...?  
 ANA. ¡Qué! No señor; no hay cuidado.  
 Tal vez ya le habrá pasado...  
 Sin duda, porque me llama.  
*(Mirando á la izquierda.)*  
 Aquí me pienso que viene.  
 D. BLAS. ¿Viene aquí? Pues yo me voy,  
 porque conociendo estoy  
 que ya poco amor me tiene.

## ESCENA IV

ANA, sola

¡Qué amable que es! ¡Pobrecito!  
 ¡Y con qué paciencia lleva  
 sus desgracias!... Esto prueba  
 que tiene un genio bendito.

## ESCENA V

ANA, D.<sup>a</sup> RUFINA

D.<sup>a</sup> RUF. *(Enojada.)*  
 ¿Nunca has de contestarme  
 por más voces que doy cuando te llamo?  
 ¡Vaya, en desesperarme  
 cifras tu gusto!... ¿Dónde está tu amo?  
 ¿Fué tal vez á paseo?  
 ANA. Que allá en su cuarto está, señora, creo.  
 D.<sup>a</sup> RUF. ¿Y Pascual ha venido?...

Porque, si no me engaño, hace un minuto  
 que charlar le he sentido.

ANA. Ha vuelto, si señora.  
 D.<sup>a</sup> RUF. Y el gran bruto,  
 ¿por qué de mi recado  
 la debida respuesta no me ha dado?  
 Que venga en el momento.  
 ANA. Otra vez me parece que ha salido.  
 D.<sup>a</sup> RUF. ¡Hay tal atrevimiento!...  
 Sin duda á la taberna se habrá ido.  
 ANA. Don Blas le dió una carta...  
 D.<sup>a</sup> RUF. *(Furiosa.)*  
 Blas de desesperarme no se harta.  
 ¿Y quién, por vida mia,  
 le mete en disponer de mis criados?  
 Mucho mejor haria  
 en irse y en dejarnos descansados.  
 Pues se engaña por cierto  
 si piensa aquí dormir. ¡Alberto, Alberto!

## ESCENA VI

LOS MISMOS, D. ALBERTO, sin uniforme

D. ALB. ¿Qué me quieres, hermana?  
 D.<sup>a</sup> RUF. Tengo que hablarte.  
*(A Ana, que se retiraba.)*  
 Dime, ¿despediste  
 á los lacayos, Ana?  
 ANA. *(Desde la puerta.)*  
 Sí señora.  
 D.<sup>a</sup> RUF. ¿Y su ropa recogiste?  
 ANA. Tambien.  
 D. RUF. Dile á Paquita  
 que venga.  
 ANA. Voy. *(Aparte.)* ¡Qué vieja tan  
*(maldita! (Vase.)*

## ESCENA VII

D.<sup>a</sup> RUFINA, D. ALBERTO

D. ALBERTO. Pues, hermana, ¿qué ha ocurrido?  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Mil cosas que hablar tenemos.  
 Muy grandes son los apuros,  
 y es fuerza buscar remedio,  
 y tomar nuestro partido  
 con este hermano tan necio.  
 Si se queda con nosotros  
 será insoportable peso.  
 Y su ordinarez, su facha,  
 y sus bajos pensamientos  
 van sin duda á abochornarnos  
 y á descubrir mil secretos.  
 Todo podia soportarse  
 en gracia de su dinero,  
 pero perdido el tesoro...  
 D. ALBERTO. Por mí váyase al momento.

Tus temores son fundados.  
 Haz lo que quieras.

D.<sup>a</sup> RUFINA. Yo quiero  
 decirle que no es posible  
 tenerle en casa más tiempo,  
 y tal vez por aburrido  
 viéndose aislado y sin medios  
 se ausentará de Sevilla:  
 y por mí, vaya al infierno  
 con tal que de aquí se aleje.  
 D. ALBERTO. Pero entre tanto, remedio  
 nuestra situacion no tiene;  
 y no tan sólo nos vemos  
 con toda nuestra esperanza  
 convertida en humo y viento,  
 sino privados tambien  
 del apoyo y de los medios,  
 que la boda de la chica  
 con aquel jóven tendero  
 nos iba á proporcionar.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Para hablarte, hermano, de eso  
 te llamo precisamente.  
 ¿Piensas tú que yo me duermo?  
 Ya al don Juan (que es un cuitado,  
 un niño á quien le daremos  
 papilla si tú me ayudas)  
 un recado muy atento  
 de parte de mi Paquita  
 le he enviado; y sé de cierto  
 que no se hará de rogar,  
 porque de amor está ciego.  
 D. ALBERTO. La muchacha estará loca,  
 con tal nueva, de contento.  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Mira tú si es mentecata,  
 que se opone á todo esto,  
 pensando que es vergonzoso  
 tras de los desaires hechos  
 llamarle; y es tan menguada  
 que ni aun verle quiere.  
 D. ALBERTO. ¡Bueno!  
 ¡Es una alhaja Paquita!  
 D.<sup>a</sup> RUFINA. Es necia con todo extremo.  
 Yo la he estado predicando,  
 pero todo sin efecto,  
 y ahora la mandé llamar  
 á ver si entrambos podemos  
 recabar de ella, que al novio  
 trate de empeñar de nuevo.  
 Ni otro camino nos queda,  
 y si en humo se volvieron  
 todas nuestras esperanzas  
 por ese Blas tan mostrenco,  
 agarrarnos es preciso  
 aunque sea de un clavo ardiendo.  
 Este buen don Juan de Greda,  
 aunque es tambien otro necio,



al fin dota á la muchacha,  
tiene crédito y dinero,  
y en atrapándolo aquí  
á mi cargo queda luégo  
disponer de sus talegas,  
hacerle que tome apego  
á los títulos y honores,  
que dé un puntapié al comercio,  
y que con todas sus fuerzas  
ayude nuestros intentos,  
y á dar al pobre Miguel  
(que está al fin á cargo nuestro)  
con que adelantar consiga  
su carrera.

D. ALBERTO.

Desde luégo.

D.ª RUFINA.

Pues aquí Paquita viene.

D. ALBERTO.

Al fin la convenceremos.

## ESCENA VIII

LOS MISMOS. D. PAQUITA, *sin el collar*

D.ª PAQUITA.

Mamá.

D.ª RUFINA.

Ven acá, hija mia.

Preciso es que te convenzas  
de que es ya llegado el día  
(como há poco te decia)  
en que á tí misma te venzas.  
Aunque segun imagino  
no habrá mucho que vencer,  
si es que el loco desatino  
de aquel tierno amor, tan fino,  
se encuentra en el mismo ser.  
Don Juan luégo ha de venir,  
que en tu nombre se ha llamado.  
Tú aquí lo has de recibir,  
y bien le puedes decir  
que lo tratado, tratado.

D. ALBERTO.

Sí, sobrina; yo he de ser  
el padrino de la boda.

Ya puedes, hermosa, ver  
cómo de nuevo encender  
de ese novio el alma toda.

D.ª PAQUITA.

¡Válgame Dios!... ¿Y ha enviado  
usted de cierto, mamá,  
á don Juan el tal recado  
por mí tan desaprobado?  
¡Jesus!... ¡Jesus! ¿Qué dirá?  
Nada, vendrá; y está en tí,  
si lo ha ofendido el rigor  
con que se le echó de aquí,  
saber disculparme á mí,  
que todo lo alcanza amor.

D.ª PAQUITA.

¡Y qué!... ¿Yo le he de rogar  
tras de ofensa tan reciente?  
Me abochorno de pensar  
lo que él puede imaginar,

y lo que hablará la gente.

D. ALBERTO.

Anda, tonta; así se ceban  
estos rendidos amantes.

Miéntas más desaires prueban  
y mayores golpes llevan,  
son más firmes y constantes.

Dale tú una miradita,  
culpa su poco teson,  
echa alguna lagrimita,  
y al punto verás, Paquita,  
que él mismo pide perdon.

D.ª PAQUITA.

*(Con resolución.)*

Yo esas intrigas no sé  
ni pienso que valen nada.  
Amo á don Juan, bien se ve,  
mas nunca le rogaré.

Su venida es excusada.

D.ª RUFINA.

*(Alterada.)*

¿Ves lo que te he dicho, Alberto?  
Es muy gran bestia esta niña.  
No hay que pensar en concierto.

D.ª PAQUITA.

Mamá, motivo por cierto  
no doy de que usted me riña.

D.ª RUFINA.

Sí, mentecata. ¿No ves  
que ya en hacerse esta boda  
se ofrece grande interés,  
porque el solo apoyo es  
para tu familia toda?

D. ALBERTO.

Lo que yo juzgo, Rufina,  
es que poco amor le tiene  
al tal don Juan mi sobrina,  
cuando no se determina  
á hablarle como conviene.

D.ª PAQUITA.

¡Y qué engañado está usted!  
Que mi amor es verdadero  
harto se prueba y se ve  
tan sólo con notar que  
degradarme ante él no quiero.

Y porque le adoro yo,  
que volviera el mismo día  
en que de aquí se le echó  
y en que tanto oprobio oyó,  
con el alma sentiria;  
porque un hombre ha de tener  
para ser amado, honor,  
como debe una mujer  
que querida quiere ser  
tener vergüenza y pudor.

D.ª RUFINA.

Esas son filosofías  
de las novelas fatales,  
y con esas tonterías  
siempre quedan para tias  
las niñas sentimentales.

D.ª PAQUITA.

¿Qué novelas leo yo?

D.ª RUFINA.

No repliques, niña, más.  
Mi paciencia se acabó,

y hoy mismo, quieras ó no,  
con don Juan te casarás.

D.ª PAQUITA.

Con el alma lo deseo,  
ya lo he dicho muchas veces;  
mas poderlo alcanzar creo  
sin dar ningun paso feo.

D. ALBERTO.

Ya esas son ridiculeces.

D.ª RUFINA.

Lo que yo te mando harás:  
obedecerme es lo cierto.  
¡Pues no nos faltaba más!  
¿Has visto, dime, jamás  
tan terca muchacha, Alberto?

## ESCENA IX

LOS MISMOS. D. BLAS, *sale de su cuarto*

D. BLAS.

Mucho de encontrar me alegro  
junta la familia toda,  
para que hablemos un rato  
y arreglemos nuestras cosas.

D.ª RUFINA.

¡Pues no está mala embajada  
con la que sales ahora!  
¿Qué tenemos que arreglar?  
Es ocurrencia graciosa  
que quien perdió su fortuna  
de una manera tan tonta,  
venga con tan necio orgullo  
á arreglar ajenas cosas.

D. BLAS.

*(Con mucha calma.)*  
Rufina, de mi desgracia  
culpa ninguna me toca;  
sí el enorme peso de ella,  
pues la pérdida no es floja.  
Mas ya remedio no tiene,  
por lo cual, hermana, todas  
las riñas, reconveniones  
y quejas están de sobra.  
La pena que habeis mostrado  
al saberla, fué muy propia  
del interés y el cariño  
que debeis á mi persona;  
mas ya pasó aquel momento,  
y con más calma y pachorra  
como muy buenos hermanos,  
que al fin lo somos, ahora  
arreglaremos el modo  
de vivir en paz.

D.ª RUFINA.

*(Interrumpiéndole con viveza.)*

¿Con bromas  
te vienes?... Por vida mia,  
que tu vergüenza es bien poca.  
Escucha, Rufina, un rato.

D. BLAS.

Muy de prisa te amontonas.  
¿Escucharte? ¡Bueno fuera!  
Yo no sé por qué no tomas  
como debes tu partido.

Que en esta casa incomodas  
debes ya de conocer.

D.ª PAQUITA.

¡Jesus!... ¡Mamá!

D.ª RUFINA.

Calla, tonta,  
y vámonos allá adentro  
á tratar de lo que importa,  
ya que ha osado interrumpirnos  
este necio.

D. BLAS.

*(Con mucha paciencia.)*

Te alborotas,  
hermana, muy pronto. Escucha.  
Sólo el verte me rebota.

D.ª RUFINA.

¡Rufina!!!

D.ª RUFINA.

*(A don Alberto y á doña Paquita.)*

Vamos adentro.

D. ALBERTO.

Tu enojo, hermana, reporta.  
Escuchémosle, que al cabo...

D. BLAS.

*(A don Alberto.)*

Ella se altera y sofoca  
porque ha juzgado que todo  
se ha perdido, y se equivoca.  
Pues aun tenemos bastante  
para pasar sin zozobras,  
no sólo una vida buena,  
sino vida regalona.

D.ª RUFINA.

*(Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.)*

Pues, ¡qué! ¿se ha salvado algo?...

Eso, Blas, es otra cosa.

D. ALBERTO.

¿Lo ves, Rufina?... ¿Lo ves?...

Ten cachaza: no seas boba.

D.ª RUFINA.

Con que, dí, Blas, ¿aun podemos?...

D. BLAS.

Como sé que te incomoda  
cuanto digo, no me atrevo...

D.ª RUFINA.

No me incomodo. Perdona.  
Habla pues. Con que, dí, ¿todo  
no se ha perdido?

D. BLAS.

*(Tomando una silla y presentándosela á doña Rufina.)*

No. Toma  
esta silla y está atenta.  
Paca, Alberto, tomad otras  
y en gracia de Dios hablemos  
como la gente de forma.

*(Acercan sillas doña Paquita y don Alberto y se sientan.)*

D.ª RUFINA.

*(Sentándose.)*

Bien, me sentaré.

D. ALBERTO.

Sí, hermana.

D.ª RUFINA.

*(A don Blas con cariño.)*

Dínos, pues, fuera de broma,  
qué has salvado y con qué suma...  
*(Sentándose.)*

D. BLAS.

Voy allá. La tarde toda  
en calcular he pasado  
los recursos que aun nos sobran,